Las Armas de la Paz

por R. Blanco Fombona

Tanto España como América necesitan organizar su propaganda internacional, hasta para desvirtuar la ajena, que les es, por lo común, contraria.

Una de las cosas más esenciales para ello y para la mayor y más eficaz inteligencia de las repúblicas hispanoamericanas entre sí y de todas ellas con España, es la comunicación telegráfica, aérea o submarina, sin intervención de tercero. Hasta ahora ha faltado un cable exclusivamente de Hispanoamérica o conjuntamente de América y España. Parece innecesario recalcar sobre la importancia de un cable como arma política y económica. La información es la nodriza del prestigio.

Hoy estamos a merced de ingleses, franceses y yanquis. Cuando la guerra de España contra los Estados Unidos, el cable inglés encajaba traidoramente cien puñaladas cada día a la esperanza española, a la economía española, al ejército, la prestigio y al honor españoles.

La mayor parte de los cables que se reciben en Europa de los países americanos proceden de Yanquilandia, o bien obedecen a inspiración yanqui, así aparezcan como de Buenos Aires, Asunción, La Paz, Habana, Managua, Tegucigalpa, Valparaíso, Veracruz, Ciudad Bolívar, Guayaquil, Bogotá, etc., etc.

R. BLANCO FOMBONA

Esto es como si los lobos hablasen en nombre de los corderos.

No se cablegrafían sino terremotos, revoluciones, desastres. Que se la va un tiro a un ciudadano y hiere a un policía: revuelta; que cae al Magdalena, al Apure, al Paraná, a cualquier otro río, algún holandés borracho, y en dos o tres días no se encuentra su cadáver: inseguridad de los extranjeros; que no se asiente a alguna reclamación fraudulenta contra el Estado—de esas que casi siempre apoyan y algunas veces inspiran, y no por amor al arte exclusivamente los diplomáticos extranjeros—: denegación de justicia. Hispano-América toda: un desierto peligroso cruzado de muchos tigres y de algunos hombres, más feroces que los tigres.

Los cinematógrafos completan la obra de los cables: el traidor, el ladrón, el cobarde, el vicioso, el raptor de la joven inocente, el mal hombre, suele ser algún mejicano de sombrero cónico y aspecto de truculencia, o simplemente un tipo moreno, de patillas negrísimas, llamado Gómez, González, Rodríguez, que puede ser de cualquiera de los pueblos españoles, ya europeos, ya americanos.

Entre tanto, y a pesar de sus detractores, la América crece: escribe, lee, piensa, legisla, comercia, explota sus minas, navega sus ríos, penetra en sus bosques, higieniza sus ciudades, las embellece, las dota de museos, bibliotecas, escuelas. A pesar de las siniestras profecías de pedantes antipáticos como el francés Gustavo Le Bon, que vive de rodillas, idólatra y servil, ante yanquis e ingleses, la América levanta la cabeza.

Y contra la voluntad de todos sus enemigos, desmintiendo los cables y cinematógrafos del yanqui, las agorerías ridículas de la pedancia científica francesa y las informaciones tendenciosas e interesadas de periódicos y periodistas europeos, sin responsabilidad, sin documentación y sin talento, la América de origen español, tomada en conjunto, ha realizado durante un siglo un esfuerzo tan asombroso que no es inferior en nada al esfuerzo de los mismos Estados Unidos, aunque América haya luchado con factores adversos que los Estados Unidos no conocieron.

Poco antes de la guerra, por ejemplo, la importación y exportación de la América latina en globo no era inferior a la importación y exportación de la América sajona. Ahí están las estadísticas.

Se admira y se adula a los Estados Unidos de Norte América porque representan un poder político único; y se desconoce y se niega a los Estados Desunidos de Sur América porque representan múltiples estaditos que no infunden miedo a nadie.

Bolívar tuvo razón cuando luchó por confederarnos: prometiéndonos, unidos, un puesto director en los negocios del planeta; augurándonos, si desunidos, la insignificancia y aun el oprobio.

Aquel Roosevelt yanqui que pasó en su país por eminente hombre de Estado y que vivió contradiciéndose como mediocre y ruidoso gacetillero que siempre fué, dijo en cierta ocasión que ninguno de los Estados de la América española pasaría de ser, en sus días de más esplendor, un pequeño Portugal. Poco después el hombre ése, aunque sin confesar su despropósito, lo enmendaba asegurando — había hecho un viaje a varias repúblicas hispánicas — que si el siglo XIX había sido el siglo de la América sajona, estaba convencido de que el siglo XX iba a ser el siglo de la América latina.

Creo que ya se ha dicho que nada se parece tanto a un profeta como un charlatán.

•

Pero, ¿qué se sabe de América, de la verdad de América, en Europa? ¿Qué se sabe, ni aun en España, que pudiera leer — aunque no lee — nuestros periódicos, nuestros libros, nuestra legislación, y descubrirse a sí misma en nosotros?

Tomemos el caso de Méjico, pueblo diez veces admirable, por su energía, por su inteligencia, hasta por sus desórdenes. ¿Qué se ha dicho durante diez años en Europa? Se ha dicho cuanto los yanquis quisieron que se dijese; y apareció Méjico, el gran pueblo de Hernán Cortés y Guatemoc, como un país de bandoleros.

Sin embargo, no había que observar la superficie de las cosas, sino su fondo y esencia. A pesar de los excesos inherentes a toda revolución, y sin los cuales una revolución no existe—porque la revolución consiste precisamente en la superación violenta de antiguas normas,— en Méjico se cumplían y se cumplen prodigios.

En aquel país, librado de las garras de un odioso tirano que se apoyó, contra su pueblo, en los capitalistas nacionales y extranjeros—aquel Porfirio Díaz, cuyas muletas fueron la plutocracia y el terror,—en aquel Méjico que se lazó de la gleba y de la ergástula, se cumplieron a un tiempo dos revoluciones: una revolución interna de manumición: el proletariado de ciudades y campos contra los capitalistas y terratenientes; y otra revolución externa: la independencia de Méjico contra los Estados Unidos.

Antes que Rusia—aun era Rusia imperio de los zares—ya tuvo Méjico en la letra de sus leyes y en la práctica de su vida el comunismo triunfante. Y en cuanto a su lucha de liberación contra el yanqui, no ha cesado esta guerra santísima desde que cayó el monstruo porfiriano, cruel, inexorable con el indio pobre del Sur; todo miel y concesiones petrolíferas, ferrocarrileras, bancarias y territoriales con el hombre rubio y capitalista del Norte.

Mientras Porfirio Díaz gobernó para la plutocracia yanqui-mejicana, los Estados Unidos aplaudieron a Méjico y la bautizaron la república anglosajona de la América latina. Colmo de elogio en boca yanqui. Pero desde que cayó Díaz, desde que el cupón dejó de cobrarse, desde que los grandes latifundios fueron parcelados, desde que el Estado se posesionó de los ferrocarriles, desde que el indio tuvo derechos y propiedad, cesando de ser cosa, desde que se legisló sobre el petróleo en sentido nacional, los Estados Unidos descubrieron que Méjico era un país de bandoleros. Eso vienen repitiendo hace diez años. Y hace diez años Europa — sin exceptuar a España — viene repitiendo lo que le inculcan los yanquis.

Pues bien: yo digo que esos bandidos son admirables. Hombres de guerra, hombres de revolución, ajenos a toda norma y práctica de gobierno, llegan al Poder, y en el Poder se conducen, principalmente frente a la política corruptora o amenazante de los Estados Unidos, con una cordura, con una sagacidad, con un patriotismo y sobre todo, con una energía que son dignos de la más profunda admiración y del más profundo respeto.

Un bandido, como aquel Carranza de ayer y como este Obregón de hoy: esos son los hombres fuertes, los hombres guías, los hombres hombres, que producen los pueblos en momentos de apuro para poder salvarse e imponer nuevos ideales.

¿Qué sabe el público español de las luchas que han sostenido, y sostienen, tan bien masculados varones? Nada. Los cables sólo nos cuentan las partidas de boxeo celebradas en Chicago, o que ardió un vagón de ferrocarril en Baltimore o que en California se produjo una manzana "the greatest in the world".

Porque los verdaderos rastacueros son esos yanquis, cuyas cosas son — dicen ellos — las mayores, y mejores del mundo, "best and greatest in the world". Pero tienen cien millones, dinero, barcos de guerra: Francia no puede ver en ellos nada ridículo. Al contrario: les ruega que le perdonen lo que les debe, pretención que hace reir a los yanquis; les envía a Briand a mendigar una alianza que ellos no conceden; envía a Clemenceau para pedirles que juzguen las diferencias de Francia con Alemania. Y Clemenceau, el llamado tigre, convertido en viejo cordero enmasculado, somete toda la política francesa al juicio de los Estados Unidos con estas palabras de sumisión: "Jugez, américains."

Entre tanto una parte de la prensa francesa—baste citar al simpático "Matin"—se convierte en eco de la propaganda yanqui de descrédito con respecto a la América; y la Cancillería francesa, ¿cómo vacilará en reconocer a los Estados Unidos un derecho policíaco en el nuevo mundo?

Sí; tanto España como América necesitan organizar su propaganda para desvirtuar la ajena. Y lo primero que necesitan son cables, prensa, agencias de información oficial. Esas son las armas de la paz, que también triunfan en la guerra. Ya veremos adónde conduce el no tenerlas.

R. Blanco - Fombona.

Por la Bienandanza de América

por Sofonías Salvatierra

En otro lugar de este número del "Correo de Centroamérica," reproducimos el brillantísimo discurso pronunciado en Buenos Aires, capital de la República Argentina, por una de las más altas mentalidades de nuestra América Española, con motivo de un banquete obsequiado por los intelectuales argentinos a su colega el prominente mexicano licenciado don José Vasconcelos. Nos referimos al insigne *José Ingenieros.*

Ese discurso es una verdadera clarinada sonora, cuyas vibraciones se producirán y reproducirán en cada pecho hispanoamericano. Es un grito de alerta y de unión ante el avance de la servidumbre económica que amenaza a todos los pueblos latinos, así llamados, de este continente americano.

Las pinceladas del discurso son de mano maestra, los lineamientos del trazado son perfectos, y dejan en la conciencia del lector un cuadro acabado del gran problema continental. Sea por lo que fuere, los Estados Unidos no han podido impedir que la democracia fundada por los próceres de la independencia no degenerada en una burocracia tentacular que corrompe a los pueblos para dominarlos, que compra las voluntades complacientes, y que está rebajando y envileciendo el alma generosa del mundo americano.

Nosotros no interpretamos el discurso de José Ingenieros, como una explosión de odio y de guerra contra la nación americana, sino como una protesta viva y, sobre toda ponderación justa y digna, contra la diplomacia del dólar que ha seguido el gobierno de la Casa Blanca desde su victoria sobre España en 1898, y que en cinco lustros de desarrollo victorioso ha conseguido desviar los cauces trazados por Wáshington y Lincoln, y ser un peligro para el buen concierto de los hispanoamericanos y de los mismos Estados Unidos.

Por eso no estamos de acuerdo con el señor Orts González, redactor de "La Nueva Democracia", quien impugna el discurso de Ingenieros, casi con disgusto. Nosotros consideramos el Panamericanismo como un fruto o como una tendencia civilizadora y pacifista por el reinado de la justicia y de la democracia de nuestro Continente, nunca, a lo que parece, como la añagaza dominadora de una política mercantilista. Y como ésto es así, y aquí en Nicaragua ha sentado en nuestras carnes sus garras pavorosas la diplomacia del dólar, nos creemos autorizados para decir al señor Orts González, que la mejor manera de conciliar los sentimientos en toda América y de prestigiar el panamericanismo es que todos los hombres de buena voluntad, los del Norte, como los del Centro y los del Sur se unan contra el judaísmo bancario que está ejerciendo la trata de pueblos, como antaño el negrero hacía la trata de esclavos.

La hermosísima idea del eminente José Ingenieros, de que la intelectualidad hispanoamericana se congregue para crear o desarrollar las fuerzas morales de nuestros pueblos y que sirvan como de rompeolas a la codicia bancaria, debía ser acogida también por los intelectuales norteamericanos, para armonizar el pensamiento de todas las Américas, y a la vez, por la acción de un patriotismo previsor, acabar con la diplomacia del dólar que tiene estrangulada la conciencia misma del pueblo norteamericano, y que está amenazando su estabilidad nacional.

De los intelectuales de América, José Ingenieros no es un agresivo, es un constructivo.

Su pluma genial representa en estos momentos para nuestra civilización, lo que hace un siglo representó la espada de Bolívar para nuestra independencia política. Sus libros son de tal trascendencia para la reforma mental de los hispanoamericanos como fueron de eficaces para la creación de nuestras nacionalidades las batallas de Carabobo, Chacabuco o Junín.

Por eso se ve en todos nuestros pueblos, alrededor de este nombre esclarecido, una ferviente admiración, y en presencia de las otras mentalidades de nuestra raza en formación, como la del ilustre argentino, nuestras esperanzas se acrecientan y nos hacen entrever con toda certeza las glorias futuras de la América Española.

(De "*Correo de Centroamérica*").

UNA ENTREVISTA BREVE CON JOSE SANTOS CHOCANO

—¿Su concepto de la belleza?

—Pienso como Nietzsche que la belleza es mediterránea; vale decir pagana. Mejor aun: griega. Emoción pura, expresión clara. Venus es rubia: rosa, mármol y oro. El Cristianismo aportó la tristeza, el misterio y la inquietud. En nuestra América, la belleza está hecha de claridad y de melancolía. Así la gusto yo.

—¿Su concepto de la vida?

—Misterio y teatralidad. Para conmigo mismo, apréciola como un arcano; para con los demás, téngola por un "sport".

—¿En qué consiste para usted la felicidad?

—En la satisfacción de todos los deseos, que constituiría la quietud del espíritu. La verdadera felicidad es contemplativa. Sólo la han gustado los místicos.

—¿Cuál es su idea en la vida?.

—Poder realizar mi obra de Arte por completo, en la plena seguridad de sobrevivir. En la vida como ideal debe tenerse algo que tienda a perpetuarla.

—¿De no ser poeta, qué le hubiera gustado ser?

—Pintor, a la manera de Velázquez.

—¿Cuál es el personaje histórico que más admira?

—No sería sincero si respondiera con un nombre. Solicitan mi admiración por igual, Colón el inspirado, Sócrates el reflexivo, César todopoderoso, Napoleón el Conquistador, Bolívar el Libertador... Tal vez el más digno de admiración sea San Francisco de Asís, por lo mismo que más lejos estoy del deseo de cambiar mi vida por la de él.

—¿Cuál es el héroe de la vida actual que prefiere?

—Sin duda que Gabriel D'Annunzio, que es Poeta en acción y reclama para él *sport* con que vive su vida, el marco del Renacimiento.

—¿Cuál es, para usted, el más grande escritor de prosa?

—Por la concepción, Cervantes; por la ejecución, Flaubert.

—¿Cuál es su libro predilecto?

—"Las Mil y una noches".

—¿Cuál es su mayor afición?

—La lectura.

—¿Su aversión particular?

—El ruido.

—¿Qué piensa usted de su obra?

—Que tiene todas las cualidades y todos los defectos de mi raza. Por lo tanto es sincera. Siendo bella, no cabe duda entonces de que perdurará. Si vivo veinte años más la completaré. En los primeros veinte, pasé por mi Edad de Piedra; en los veinte después, entré en mi Edad de Oro; y me siento ahora lo necesariamente maduro y afinado para empezar mi Edad de Diamante. ¡Así sea!

—¿Cuál es su lema?

—El de mi escudo familiar: "O encuentro camino o me lo abro".

El fracaso del Panamericanismo

Manuel M. Morillo formuló un fulminante apóstrofe contra el imperialismo yanquilandés en el seno de la 5a Conferencia Panamericana

Fué primeramente la ovación unánime tributada a la gallardía de nuestra patria por la delegación latinoamericana, al iniciarse las sesiones del 5.o Congreso de Santiago de Chile. Los aplausos estruendosos que acogieron la presencia del Representante de México, don Carlos Trejo y Lerdo de Tejada, patentizando de tal modo la admiración de las naciones del Sur por la actitud viril de la nación mexicana al rehusarse a asistir a la cita cortesana e infamante dada con su insolencia habitual por los Estados Unidos, acumularon el nubarrón primero sobre la frente fosca de los enviados de Wáshington.

Después, el incidente promovido por los Representantes de Puerto Rico, que pedían se discutiera la emancipación de la isla del yugo brutal de los bárbaros.

Más tarde, la proposición audaz del delegado de la República de Costa Rica, que insinuaba una reforma de los Estatutos de las Conferencias en el sentido de que se concediera derecho a las naciones hispanoamericanas para nombrar representantes en el Congreso aunque no contaran con Ministros acreditados en la Casa Blanca, todo con la mira esencial de hacer entrar a México en él.

Ya hemos apuntado la emoción ocasionada por este arranque de hidalguía, que vino a robustecer el marcado sentimiento anti-yanqui y la hostilidad patente entre la América Latina y los Estados Unidos del Norte. El total de las naciones hermanas apoyó la iniciativa y únicamente por la traición del Brasil se logró que la discusión de ella fuera aplazada.

Al final, un hecho inesperado vino a dar al traste con la serenidad de Mr. Henry P. Fletcher, presidente de aquel foco de irreverencias inauditas al autoritarismo ancestral de yanquilandia.

Fué el caso que aproximándose la fecha marcada para la disolución de la Asamblea sin que nada se hubiese logrado, a no ser la evidencia del ocaso de la hegemonía norteamericana en el Continente, los delegados de las infortunadas Repúblicas de Haití y Santo Domingo, uncidas desde ha tiempo al carro de abyección y de ignominia tirado sobre la moral y el derecho de gentes por los judíos de Wall Street, comenzaron a dar muestras de actividad. Uno de ellos, el de la noble República Dominicana, era el señor Manuel M. Morillo, colaborador nuestro en nuestra cruzada por la Justicia y la Libertad de Hispanoamérica, un verdadero patriota que cuenta con algo que vale más que la erudición y la suficiencia: con su hombría y su dignidad. El señor Morillo ha venido demostrando una irreprochable rebeldía contra los conculcadores de la soberanía de su patria, y una intransigencia que lo enaltece ante las prevaricaciones del grupo de dominicanos que han optado por lamer la bota que los ha vilipendiado. El señor Morillo principió por distribuir entre los delegados copiosos ejemplares de "El Heraldo de la Raza" y multitud de folletos en que se pide la libertad absoluta de la isla. Luego, ante la estupefacción general, escaló la tribuna.

Sus frases sin circunloquios pedantes ni el alud de citas indigestas, fueron una granizada brusca contra el imperialismo ultrajante de Norte América. La sinceridad y la equidad estaban con él y por eso sus palabras salidas del corazón alcanzaron la elocuencia e hicieron que una corriente eléctrica exaltara al auditorio; la expectación producida por aquel bravo que esgrimía la Verdad encarándose con los tiranos del mundo, estalló en un escándalo ensordecedor. Los aplausos atronaban el recinto y los hurras a la América Latina eran tan frecuentes como los atroces oprobios a los agiotistas septentrionales.

"¡Unicamente exigimos Justicia! — tronaba el orador. — Que las bestias rubias cesen de hollar el suelo sagrado de nuestra patria! Que los invasores desocupen un lugar que no les pertenece y terminen la feroz cacería de mujeres, de ancianos y de niños!"

Mr. Henry P. Fletcher, estaba lívido de rabia; sus voces se perdían en aquel maremagnun, optó por acudir a la policía para expulsar al rebelde. Pero los guardias fueron impotentes para impedir que la voz acusadora continuara escuchándose, ya que los delegados estaban también dispuestos a acudir a la violencia. El señor Morillo bajó entre salvas y vítores.

Por demás está decir que fué la reunión postrera. Mr. Fletcher se envolvió en un mutismo absoluto, y después de rehusar asistir al banquete ofrecido por el delegado cubano, (que asimismo se había insolentado declarando que los liberales de su país no desmayarían hasta obtener la libertad de Cuba "a pesar de la inmensa nación que a ello se oponía") tomó su pasaporte para Wáshington, tascando el freno de la derrota.

El Panamericanismo, pues, está ahora en agonía. Los países hispanoamericanos son reacios para soportar ningún yugo, ni siquiera una preponderancia externa.

El porvenir se encargará de demostrarlo.

(De "*El Heraldo de la Raza*").

La poesía de González Martínez

Conferencia de Luisa Luisi

El 21 de julio, en el local del Club Argentino de Mujeres dió la poetisa uruguaya Luisa Luisi su anunciada conferencia sobre "La poesía de González Martínez".

Comenzó por referirse a las circunstancias en que venía a estudiar, en esta disertación, la obra poética de González Martínez, no para juzgarla desde una cátedra, sino para traer la admiración ferviente, el hondo cariño, la agradecida reverencia del corazón para el gran lírico mejicano. En este sentido era preciso considerar, dijo, lo que Amado Nervo expresó: "El más grande de todos los poetas será, para cada uno de nosotros, aquel que haya acertado a formular con mayor sagacidad y precisión nuestros estados de conciencia, traduciendo en versos puros y nobles aquello que palpitaba dentro de nuestro espíritu, sin hallar la expresión adecuada y eterna en qué encarnar para los otros".

Más adelante después de declarar su criterio estético para la poesía, cuyo valor no dependía, según pensaba, de su mayor o menor gracia y encanto sino de la profundidad del amor y de la intimidad sentimental que encierra, consideró que precisamente González Martínez tiene en su poesía la facultad maravillosa de hacerse amar, porque toca como una mano impalpable las fibras más sutiles del alma, "sin engañarla con falsas seguridades, nuestra sed de misterio; porque corre bajo la tesura impecable de sus versos el agua subterránea de su propio corazón; porque sin gritos, sin estridencias, sin lágrimas casi y sin lamentos nos acerca a los labios del espíritu el dolor incolmado del suyo, siendo hoy así, para mí, el más grande poeta de América".

Luego entró a considerar la significación que asume la obra de González Martínez en el movimiento de la literatura poética de América. Había él realizado una cruzada renovadora, salvando por segunda vez la poesía de las manos sacrílegas de sus imitadores. Cumplió de esta suerte, respecto a la misma acción salvadora que había cumplido ésta respecto de los románticos.

Abundó en reflexiones sobre la importancia de esta acción renovadora. Contra los imitadores pueriles, rebuscados y falsos de la poesía de Darío, nada hubiera podido hacer el misticismo cristiano brahamánico de Amado Nervo. Y analizando el estado general de los espíritus en este último tiempo, por la necesidad de un ideal propio de la época, dijo que Darío, para saciar esta sed, fué demasiado artificioso y demasiado frívolo; Lugones demasiado objetivo y demasiado complicado como Herrera y Reissig; Nervo, demasiado ortodoxo. Sólo González Martínez absorbió dentro de sí la ansiedad de la hora y fué el sincero, el hondo, el verdadero y el espiritual.

Estudió luego la espiritualidad de González Martínez, citando fragmentos de sus poemas, y algunos íntegramente.

Apoyándose en los versos que fué leyendo, opuso a la torre de marfil el hondo panteísmo de González Martínez, que a su actitud contemplativa asociaba su simpatía humana, sin rehuir el contacto con los hombres ni negarles el consuelo de su ciencia.

Se refirió en este sentido a la vida de este poeta, armonizada con su ideología y con su idealismo. Estudió con interesantes observaciones y agudo análisis las diferencias que existen entre su actitud frente a la vida y al más allá y la actitud de Nervo.

Leyó, para dar idea más penetrante del misticismo de González Martínez, su poema "La Puerta", y otros no menos sugerentes.

Se refirió más adelante a la generalización de una actitud profundamente espiritualista en ambas márgenes del Plata. Y observó el hecho notable de que, frente a esta espiritualidad masculina, las mujeres han recogido el sensualismo abandonado por los hombres.

Estudiando la significación de este hecho, dijo que, a su juicio, no debía atribuirse a inferioridad mental de la mujer. Más bien había que pensar que espiritualidad masculina es flor de intenso y prolongado cultivo en tierra intelectual.

"ROZANDO LA MUERTE"

por el doctor Tatén

El seudónimo con que el autor publica su libro es ya conocido, pues hace varios años dió a luz "La historia de un niño enfermo", que llevaba como esta nueva novela el seudónimo de "Doctor Tatén", tras el cual se oculta un facultativo y un escritor a la vez, eficazmente complementados a los fines propuestos en la obra: hacer divulgación científica útil en forma interesante, que dejo en el lector enseñanzas hondamente recibidas entre las emociones de un argumento novelesco.

De esta manera el facultativo que deseaba ilustrar al público sobre el método curativo de una de las más difundidas y terribles enfermedades que afligen a la especie humana, lo hace quitando a su ciencia y a su palabra científica la aridez propia de las disciplinas médicas. El Doctor Tatén ha logrado su propósito, pues si bien se advierte — aunque no lo haya revelado — la pluma de un médico escribiendo este libro, las páginas de "Rozando la muerte" advierten también la presencia de un literato.

Este libro realiza así un propósito buscado y alcanza otro no tenido en vista; esto es, la enseñanza médica y la obra literaria. Novela de amor, se ha podido dar al relato las profundas emociones de este sentimiento noble y elevado en ella "porque — usando palabras del autor — se idealiza a una mujer en quien convergen todas las excelencias y cautivantes dotes de intuición y dignidad femeninas; se canta al amor, al amor noble, sentido, palpitante, que santifica las almas, purifica las intenciones, rejuvenece la vida y alegra, dulcifica y diviniza la existencia".

La novela se desarrolla en nuestro país, entre la cosmópolis bulliciosa y llena de placeres, y las sierras de Córdoba, porque — ya se presume — hay en este libro un caso de tuberculosis, enfermedad sobre la cual hace su divulgación científica el facultativo, mientras el literato traza impresionantes cuadros de pasión amorosa. Cuando la acción se traslada a las para tantos melancólicas sierras, se describen las bellezas de nuestros paisajes.

La aparición de este libro, por el doble valor que encierra, merece señalarse especialmente.

REVISTA DE FILOSOFIA

AMADEO JACQUES

por Aníbal Ponce

Había, en verdad, algo de romano, en la severa hermosura de aquella cabeza magnífica. Desde la cúspide encalvecida, dilatábase el frontal con majestad de bóveda. Entre los crespos aladares, el cráneo desnudo aparecía imponente: como el otro, era ese también, la roca viva dejada en descubierto por las aguas. La curva perfecta asentaba adelante sobre las firmes arcadas de las cejas, cuyo acentuado relieve conseguía prolongar la hondura de las órbitas. Desde el fondo, como agazapados, sus ojos claros tenían doble luz: cuando brillaban en la burla, fiesta había en su rostro sanguíneo; cuando se congestionaban en la ira, la mirada tempestuosa reflejaba como en un espejo, la marejada interior. Porque con una enorme capacidad de entusiasmo, tenía fácil la cólera y se armaba pronto la guerra: como si sintiera, de súbito, la necesidad imperiosa de una injuria a vengar.

Bajo el ceño adusto, con mucho de itránico en la nitidez de su dibujo, la nariz carnosa de alas sensuales, contrastaba de manera extraña con el gracioso dibujo de sus labios. La mandíbula imperiosa restablecía el equilibrio amenazado y concentraba en sí tan tremenda voluntad que fácil era adivinarla bajo la plácida redondez de su patilla enteriza.

La expresión tenía una honestidad admirable: fuerte y triste, pero sin cansancio: esa melancolía viril de los hombres del 48, en quienes los sueños extinguidos parecían persistir en una niebla lejana. No había un rasgo que no afirmara la franqueza en la lucha, la seguridad de las convicciones profundas, la adhesión fervorosa a los ideales perseguidos. Todo en él venía de frente, como que fué la lealtad el timbre natural de su oro pródigo. Pensador, tuvo la valentía de renunciar a ideas que reputaba erróneas; político, afrontó el destierro antes que resignarse al servilismo; maestro, plasmó como nadie el alma sagrada de una generación.

Así fué Jacques, "el maestro"; así fué el hombre cuya muerte produjo en el alma de sus discípulos una desgarradura crudelísima, y cuya vida ha llegado a fundirse de tal modo con la tradición patricia, que aun después de tantos años, no nos es dado evocarla sin elevar los corazones.

I

Durante los años fastuosos del primer Imperio, fué Nicolás Jacques el miniaturista del gran mundo. Alumno de David, comenzó a buscar la gloria por el camino del maestro, pero la estrechez de sus recursos le impidió abordar la gran pintura. Como un medio de vida, aprendió con Isabey la técnica de su industria y lo que a su vocación le fué negado, a manos llenas lo consiguió el oficio. La emperatriz Josefina, la reina Hortensia, la princesa Borghese, Bernardotte, *posaron* en su taller.

Mas no vinieron solos, la fortuna y el brillo: Un buen día, el famoso pintor barón de Gerard solicitó para su hija los pinceles del colega ilustre. Mucha dificultad habría, sin duda, en el modelo, pues las *poses* se repitieron más allá de lo habitual. Yo no sé si aquella miniatura llegó al fin, pero cierto es que, al poco tiempo, la joven baronesa se había transformado en Madame Jacques.

Dos hijos tuvo el matrimonio, Laura y Amadeo. Nació el último, el 4 de julio de 1813, en pleno crepúsculo del semidiós de Córcega. Discípulo del Colegio Borbón, fueron sus compañeros Gustavo Planche, Alfredo de Musset, Alfonso Karr. Terminado el bachillerato, ingresó a la Escuela Normal.

Era el año 1832. Víctor Hugo defendía a Triboulet desde el banquillo de los acusados. Alejandro Dumas desplegaba en *La Torre de Nesle*, su prodigiosa fantasía. Casimir Delavigne intentaba remontarse hasta Shakespeare en las trágicas escenas de *Luis XI*. Gautier aun no había abandonado el chaleco rojo del estreno de *Hernani* y mientras Lamartine viajaba por Oriente, Balzac escribía su *Eugenia Grandet*, Michelet terminaba la *Historia de Francia*, Montalembert triunfaba en la tribuna, y Aurora Dupin, por vez primera, firmaba: Jorge Sand.

Era, en todas partes, el entusiasmo, la audacia, la rebeldía: es decir, la juventud y la vida. Sólo la Escuela Normal, como una fortaleza, cerraba sus puertas frente a aquel mundo que rumoreaba. El espíritu absolutista de la Restauración se había infiltrado en sus aulas: Nisard, en literatura; Cousin en filosofía. Vigoroso y penetrante, el primero, pero cerrado a todo lo que sus dogmas le prohibían comprender; imaginativo y elocuente, el segundo, pero a quien el miedo de la democracia lo había arrojado — según sus propias palabras — "en brazos de los obispos".

Convertido el eclecticismo en auxiliar educacional del partido realista, su jefe, más notorio se había transformado en un verdadero dictador. Inflexible y despótico, Cousin quiso hacer de sus discípulos, celosos guardianes del orden social. La filosofía dejó de ser una especulación desinteresada: los profesores constituían su "regimiento", y sólo él podía conducirlo allí donde sus planes lo exigieran. Bajo ese ambiente, hostil a toda inquietud renovadora, vivió Jacques los más preciosos años de su juventud. Espíritu rebelde, buscó en las ciencias un derivativo. Tal vez por entonces, comenzó a frecuentar el laboratorio del químico Laurent, de quien pronto había de ser, ayudante único y asiduo; y allí, en el terreno de la investigación experimental, respiró con ansias el sano oxígeno de la verdad sin dogmas.

Al salir de la escuela fué nombrado profesor en Douai, luego en Amiens y Versailles. Alejarse de París no era, sin embargo, alejarse de Cousin. El Director Supremo de la Enseñanza, no perdía de vista a ninguno de sus "soldados" y a todo intento de indisciplina respondía con la destitución inmediata. Uno de ellos ha resumido la humillación de tan odiosa tiranía, en estas frases llenas de amargura: "¡Siquiera hubiésemos enseñado la gramática! Pero enseñar filosofía bajo la férula de un jefe... ¡era, en verdad, como para sentirnos aplastados!" (1). Los mejores calmaban sus nervios en la glosa erudita o en la labor histórica y son de ese carácter las dos monografías con las cuales Jacques se doctora en letras (1837): una tesis latina, *De Platonica idearum doctrina*, y otra francesa sobre *Aristóteles, historiador de la filosofía*.

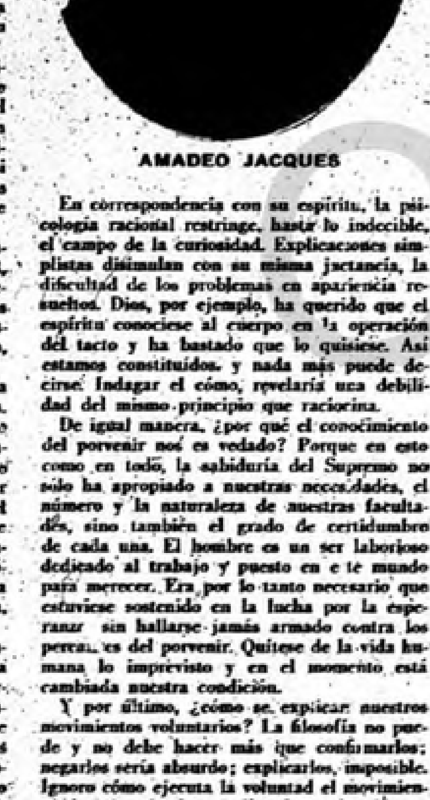
Después de algunos años de práctica en provincias, vuelve a París como profesor en el Colegio Luis el Grande y conferencista de filosofía en la Escuela Normal (1842). El período subsiguiente es de bastante actividad. Improvisado editor, nos da las *Obras filosóficas de Clarke*, precedidas por una introducción (1843) y aunque reconoce que el teólogo de Norwich no ha creado nada perdurable, deja constancia de que su mérito consiste en haber "defendido las causas buenas contra todos los malos sistemas, Dios, y sus perfecciones contra el ateísmo de Hobbes y el panteísmo de Spinoza, la espiritualidad y la inmortalidad de las almas contra Locke y Dodwell, el libre arbitrio contra Collins, el desinterés contra los moralistas de la escuela de Locke". (1).

Son del mismo tiempo, su edición de las obras de Fenelón y Leibniz y su colaboración en el *Dictionnaire des Sciences Philosophiques* (2). Pero la obra de Jacques que marca con toda nitidez ese primer período de su orientación filosófica, lo constituye, sin duda, el célebre *Manual de Filosofía* (1846), en el cual une su nombre a Julio Simón y a Emilio Saisset. La Introducción y la Psicología corresponden a Jacques; la Lógica y la Historia de la Filosofía, a Julio Simón; la Moral y la Teodicea, a Emilio Saisset.

—

La *Psicología* de Jacques puede leerse aún con interés. Del más puro espiritualismo lleva, desde luego, en sitio muy visible, la correspondiente "aprobación". Para lectores modernos, familiarizados con las disciplinas experimentales, tiene aquel libro una muy alta significación histórica.

Sorprende, ante todo, la absoluta seguridad. Bajo la omnipotencia del principio de las causas finales, el universo entero aparece sin problemas. La psicología se presenta, naturalmente, como un sistema cerrado de armoniosa arquitectura. Introspectivo por excelencia, le basta bucear en las profundidades del yo, para traer hasta la superficie las inmensas riquezas de sus repliegues ocultos. Sobreentendida la naturaleza como la obra de un ser sabio, que por serlo, no hace nada con capricho, y que habiendo escogido al primer golpe el mundo mejor, y para gobernar a ese mundo, las mejores reglas, la psicología del eclecticismo afirma que sus leyes se explican y hasta se demuestran por su misma belleza. El psicólogo, más que un investigador, es, pues, un lógico. Si la verdad llega a escaparle es porque algún vicio consiguió filtrarse en sus razonamientos.



AMADEO JACQUES

En correspondencia con su espíritu, la psicología racional restringe, hasta lo indecible, el campo de la curiosidad. Explicaciones simplistas disimulan con su misma jactancia, la dificultad de los problemas en apariencia resueltos. Dios, por ejemplo, ha querido que el espíritu conociese al cuerpo en la operación del tacto y ha bastado que lo quisiese. Así estamos constituídos, y nada más puede decirse. Indagar el cómo, revelaría una debilidad del mismo principio que raciocina.

De igual manera, ¿por qué el conocimiento del porvenir nos es vedado? Porque en esto como en todo, la sabiduría del Supremo no sólo ha apropiado a nuestras necesidades, el número y la naturaleza de nuestras facultades, sino también el grado de certidumbre de cada una. El hombre es un ser laborioso dedicado al trabajo y puesto en el mundo para merecer. Era, por lo tanto necesario que estuviese sostenido en la lucha por la esperanza sin hallarse jamás armado contra los percances del porvenir. Quítese de la vida humana lo imprevisto y en el momento está cambiada nuestra condición.

Y por último, ¿cómo se explican nuestros movimientos voluntarios? La filosofía no puede y no debe hacer más que confirmarlos; negarlos sería absurdo; explicarlos, imposible. Ignoro cómo ejecuta la voluntad el movimiento de mis miembros; sólo sé que la ejecuta. Lo demás es el secreto de Dios; o más bien no hay secreto. Dios ha dotado a mi voluntad con este poder eficaz, y es probable que no haya empleado ni medio ni rodeo; ha querido que pudiese mover mi brazo y basta que lo haya querido para que pueda yo moverlo.

Casi ochenta años después, tanto desdén por la experiencia nos resulta incomprensible. Nuestra ciencia es sin duda, más modesta; no busca ya, el plan de Dios. Las finas antenas de sus hipótesis, avanzan audaces en el misterio, pero en el terreno conquistado nada hay que recuerde una creencia extraña a las demostraciones positivas. Si esa creencia correspondiera a alguna realidad se desprendería naturalmente de los hechos; si no es así, su existencia deviene, por lo tanto, cosa inútil.

Pero hay en el libro de Jacques algo más meritorio que su valor histórico, y es, sin duda, la vigorosa belleza de su dialéctica. Desde la introducción, de una severa elegancia, hasta el párrafo final en que pretende demostrar la espiritualidad del alma, tiene tan recia contextura su edificio lógico, que parece levantarse de un solo impetu desde las piedras de los cimientos hasta las columnas de la bóveda. En este sentido, puede afirmarse que los capítulos dedicados a la teoría de las facultades del alma, del libre arbitrio y del entendimiento puro son verdaderos modelos de argumentación filosófica. Expuesta la premisa inicial, como el enunciado de un teorema, los silogismos se suceden con el rigor de una demostración impecable y no es posible recorrer sin una viva voluptuosidad, tan largas avenidas bordeadas de análisis y de abstracciones. Voluptuosidad a un tiempo mismo, de geómetra y de poeta. ¿No ha sido acaso, el mismo Enrique Poincaré, quien señalaba la sensibilidad estética como uno de los factores primordiales del razonamiento matemático?

—

Con excepción de una *Memoria sobre el sentido común* (3) que publicara un año después, se reduce al *Manual* y a sus tesis juveniles, todo el acervo filosófico de Jacques. Profesor eximio, dictó desde sus cátedras las únicas doctrinas que estaba permitido exponer. Cuando llegó la hora de la liberación y cuando Jacques pudo construir por cuenta propia lo que hasta entonces hiciera bajo orden, el destino lo arrastró a un escenario muy distinto. El profesor de filosofía dejará su puesto al polemista viril.

No sería posible comprender su ulterior evolución, si olvidáramos los sucesos ocurridos en el período que va desde su vuelta a París hasta la publicación del *Manual*. La filosofía oficial de la Monarquía de Julio pasaba por un trance muy difícil. Por razones diversas, la derecha católica-conservadora y la izquierda positivista-sansimoniana coincidían en su campaña contra la Universidad (1). Después de haberla defendido, dos años antes, en discursos famosos (1845) Cousin no quería responder y lo prohibía: sus discípulos estaban condenados a recibir los golpes sin tener la libertad de devolverlos. Dos de ellos, sin embargo, Saisset y Simón, se atrevieron a contestar desde las páginas solemnes de la *Revue des Deux Mondes*. Aunque a Cousin, en el fondo no le disgustara, aquella tribuna un tanto lejos de sus órdenes no dejaba de inquietarle. Y fué el filósofo de la Razón Pura, quien le dió pretexto para suprimirla.

Un estudio de Cousin sobre Kant, destinado a la *Revue des Deux Mondes*, no fué admitido por su director. Las razones eran, sin embargo, convincentes: Buloz lo había leído desde la primer línea hasta la última y no había comprendido una palabra... La revista se dirigía al gran público y no era posible ofrecerle lectura tan profunda.

Cousin, ofendido, prohibió a sus discípulos toda colaboración en la *Revue*. ¿Qué harían, ahora, sin aquella tribuna que les daba la ilusión de una relativa independencia? Simón se atrevió a decirlo: fundar una revista por su cuenta. Sus directores serían los mismos que el *Manual* había hermanado.

Jacques acogió el proyecto con entusiasmo, pero se opuso a la admisión de Saisset. "Valdría tanto — dijo — como hacer confidencias a Cousin". La revista se fundaba, sin duda, para defenderlo; pero, tanto mejor cuanto más lejos... La sospecha de Jacques no tardó en confirmarse y cuando Saisset anunció que iría en nombre de los tres a solicitar el visto bueno de Cousin, Simón se apresuró a manifestar su asombro, pues no le reconocía los derechos...

La revista debía ser mensual y aparecer por entrega de seis hojas. Como ninguno de los dos, naturalmente, tenía un solo céntimo, se recurrió a acciones de 500 francos. Y cada uno, tomó dos... Jacques se encargó de las subscripciones y después de visitar a medio mundo, consiguió reunir doce mil francos en promesas. Un día llegó radiante: no había hecho, en realidad, más que un solo subscriptor, pero ese subscriptor se llamaba Lamartine. Con aquel nombre glorioso, la lista era ya, un libro de oro. Y en esas condiciones, apareció el primer número de *La Liberté de Penser* (1847).

Era Jacques, el alma de la revista. Vivía, por entonces, en un antiguo taller de pintor en la calle de Petits Augustins y allí se instalaron las nuevas "oficinas". Como no tenía mucamo, Jacques era a un tiempo mismo, director, empleado, portero y repartidor. En la calle, en el Café Procope, en el Colegio Borbón, en la Escuela Normal, *se le veía* siempre con un ejemplar bajo del brazo.

La revista fué juzgada de diversos modos. Unos, los más, la miraban con simpatía: alguien decía por fin, lo que todos ansiaban; otros, en cambio, la consideraban pretenciosa; la Universidad no necesitaba defensores y si alguna vez lo requería, para eso estaban sus jefes ilustres. La divergencia tenía, sin embargo, un motivo más oculto: junto a las colaboraciones inobjetables de Franck y de Garnier, aparecían las más comprometedoras de Michelet y de Quinet.

Jacques y Simón sentían crecer su heterodoxia, pero aun no se atrevían a decirlo. La revolución del 48 los obligaría muy pronto, a definir sus posiciones. Planteó el conflicto, un valiente colaborador de la revista, Emilio Deschanel. Alumno de Simón en otros tiempos, no era, sin embargo, su discípulo. En política, se acercaba resueltamente a las izquierdas; en filosofía, combatía por igual, a todas las religiones y le inspiraban los jesuitas un odio que cultivaba con cariño. Todo esto no hubiera sido muy grave; lo grave era que lo decía con esa briosa franqueza de la juventud.

El artículo de Deschanel, a que nos referimos, era un comentario a cierto discurso de Falloux, donde resaltaban estas líneas: "En esta hora no puede haber término medio: o se es católico o se es socialista". "Tiene razón — respondía Deschanel. Estamos encerrados en ese dilema y puesto que es necesario escoger, somos y seremos socialistas". Una declaración tan inequívoca, entusiasmó a Jacques, pero Simón, más acomodaticio, se opuso a que fuera publicada. La revista se hallaba en una encrucijada peligrosa y era necesario decidirse. En el próximo número aparecía el artículo de Deschanel, y Jacques figuraba como su solo director. Desde entonces, *La Liberté de Penser*, se acercó resueltamente a la montaña.

Vinieron muy pronto, tiempos de prueba. El triunfo socialista había sido fugaz. Las jornadas sangrientas de junio trajeron la concentración conservadora y la caída de los republicanos. Los electores convocados para designar presidente de la república, dieron el triunfo a Luis Napoleón, mediante una mayoría aplastante. La Asamblea legislativa, nombrada en momentos en que ya nadie abrigaba ilusiones sobre la república, se componía de 500 diputados monárquicos sobre un total de 750.

A medida que aumentaban los partidarios del Imperio, el tono de *La Liberté de Penser* iba subiendo en un *crescendo* apasionado. Algunos de sus artículos y en especial el titulado *El catolicismo y la democracia*, en que demostraba los peligros de la enseñanza religiosa, le trajeron muy pronto los rigores del poder y en 1850 el Consejo Supremo de Instrucción Pública lo destituye de sus cátedras. Su disidencia en filosofía y en política tomó desde entonces, un carácter rotundo. La "Librería Republicana", fundada como un anexo a *La Liberté de Penser*, editó en 1851 el *Gobierno Directo* de Renouvier, de la más franca tendencia socialista.

El golpe de Estado del 1 de Diciembre, llevó las cosas a su colmo. Un poco antes se le había prohibido hasta la enseñanza privada; una nueva orden suprime la revista y coloca al director, en condiciones de sufrir, sin juicio previo, las penalidades más extremas. En tierras de Francia era ya imposible vivir; el ostracismo aparecía, en cambio, como una liberación. Y con Jacques, partieron Víctor Hugo, Tocqueville, Edgar Quinet...

II

Un escaso peculio, algunos aparatos de física y una carta de Humboldt, era todo lo que Jacques tenía al pisar por vez primera, el suelo americano (30 de julio de 1852). Las credenciales famosas — que no sin emoción he tenido entre mis manos — decían en límpido francés: "A vosotros todos los que, en las hermosas regiones de la América del Sud, habéis conservado con el recuerdo de mi nombre, la benevolencia por mis trabajos, os recomiendo al portador de estas líneas, ingeniero A. Jacques, literato tan distinguido por sus talentos como por la gran variedad de sus conocimientos. Vinculado desde hace largos años por los lazos más afectuosos, a la familia respetable de ese sabio, tomó el más vivo interés por su suerte y por la ejecución de su proyecto de fundar en el Nuevo Mundo, en el centro de una población activa, un establecimiento de instrucción pública. El señor Jacques está en condiciones de alcanzar tan nobilísimo propósito, no sólo por su cultura y la elevación de su carácter, como por la experiencia que ha adquirido en los honrosos puestos que ocupara en Francia, como profesor en el Colegio Luis el Grande y como maestro de conferencias en la Escuela Normal. Los servicios que se le prestarán serán para mí, el más antiguo de los viajeros de América, un motivo del más hondo reconocimiento. El profesor Jacques tiene derecho, desde hace mucho tiempo, a la alta estima que le he consagrado". Alejandro de Humboldt. Berlín 1.° de mayo de 1852 (1).

Poco propicios los tiempos para el emigrado ilustre. De un lado a otro del Plata, la situación política no podía ser más inestable. En Montevideo, donde desembarcara, se vinculó de inmediato con los compatriotas que, desde los tiempos de Luis Felipe, le habían precedido en el destierro. Uno de ellos, llamado Eberhard, le aconsejó marchar a Buenos Aires, como a un ambiente más propicio, pero sobrevino la revolución del 11 de septiembre y su partida debió aplazarse.

Explicó, entonces, sus proyectos al gobierno de Montevideo y al mismo tiempo, solicitó su protección. No le fué negada, por cierto: se le ofreció una pequeña ayuda con la promesa de aumentarla mientras se ponían a sus órdenes, las aulas abandonadas de la Universidad Mayor. En medio de un laboratorio improvisado — un hornito de ladrillos y una vulgar estantería, — abrió en diciembre del mismo año, un curso en español, público y gratuito. Ilustraba sus disertaciones con modelos de mecánica y experimentos de física y de química, tratando de poner en evidencia el lado práctico de las teorías.

Grande fué el éxito moral, pero no pasó de ahí. Sus recursos se iban consumiendo y no había ninguna esperanza de mejora. Pensó, en esas circunstancias, en el gobierno de Entre Ríos y pudo vender para el Colegio del Paraná, el gabinete de física que consigo había traído; pero como las utilidades fueron muy escasas, decidió trabajar en la daguerreotipia, la gran novedad de aquel entonces. En sociedad con Alfredo Cosson, que continuaba en Montevideo después de su fracaso en la conserva de carnes, consiguieron reunir un pequeño caudal (2). Rosario, en pleno florecimiento, les atrajo y allá marcharon, pensando recorrer el continente hasta llegar por tierra a Norte América. ¿Habría alcanzado hasta ellos la fascinación de la California aurífica? Algo debió existir, pues según cuenta Peyret, Jacques renunció la cátedra de física que Urquiza le ofrecía, por incompatibilidad con sus proyectos de viaje.

De Rosario pasaron a Córdoba y de Córdoba a Santiago. Sin abandonar la cámara del fotógrafo, dedicóse algún tiempo a las plantaciones de caña de azúcar, y, recordando sus conocimientos matemáticos, decidió al mismo tiempo, aprovecharlos en trabajos de agrimensura.

El 18 de agosto de 1855 el Ministro del Interior, en el Paraná, lo designa agregado científico a la expedición que había de prepararse para explorar el Chaco, y luego de terminada su tarea o mientras tanto se organizara aquélla, le comisiona el estudio de las minas de Tucumán. Aunque bajo las órdenes del Gobierno Federal, la expedición al Chaco sería preparada por las provincias vecinas: cruzada contra los indios, el éxito de la misma se traduciría en una mayor extensión de sus fronteras.

La empresa, sin embargo, no se realizó. Pero poco tiempo después, partía de Santiago, una pequeña expedición, en la cual tomaban parte los mismos hermanos Taboada; con el objeto de ayudar al comandante Page de la marina yanqui que, detenido en sus excursiones fluviales, había solicitado el apoyo del gobierno santiagueño. Amadeo Jacques se incorporó de buenas ganas y fruto de ese viaje es el interesante relato que lleva por título *Excursión al Río Salado y al Chaco* (1856) (3). La descripción es viva y pintoresca. Hay colorido y movimiento y hasta maestría de pintor en el retrato complaciente de un soldado criollo.

De regreso a Santiago, un pequeño incidente con los Taboada — que gobernaban la provincia desde mucho tiempo atrás, — lo decide a trasladarse a Tucumán. Ya era allí conocido: pocos años antes, aparte de los trabajos encomendados por el gobierno del Paraná, había realizado bajo la administración Campos, algunas mediciones de terrenos fiscales. La gente del pueblo amaba a "Don Amadeo"; los hombres ilustres, Marcos Paz, Agustín de la Vega, José Posse, le brindaban su admiración y su amistad.

Mientras consiguiera establecerse, un compatriota suyo, llamado Tranchard, le propuso instalar una panadería. Jacques adelantó algunos fondos. Anexó a la misma, levantaron un molino rudimentario que fué capaz de elaborar, por vez primera, la harina que hasta entonces se importaba de Chile.

Mejorada la situación económica, el ex profesor se aprestaba a reanudar su viaje. Pero en sus cálculos había olvidado lo imprevisto y allí en Tucumán, lo imprevisto vino: Jacques era, por entonces, pensionista de la familia Augier. Una de las niñas de la casa, — de nombre Martina, — tenía celebridad por su belleza. La gracia picante de la criolla cautivó la robusta madurez del sabio, y Martín de Moussy, que viajaba por aquellas tierras buscando datos para su *Geographie*, fué en 1858, el testigo de su casamiento.

En esa misma época, y después de la deplorable dirección Labougle Pellisot, el único colegio provincial cerraba sus puertas. Jacques aprovechó la circunstancia y solicitó la dirección de la escuela primaria central y del Colegio San Miguel (abril 7 de 1858). Su plan, que comprendía el estudio de las ciencias, letras e idiomas, se caracterizaba por la orientación en armonía con las necesidades del país. Así, la botánica se aplicaría en especial a la agricultura y el conocimiento de las materias textiles y tintóreas; la zoología, a la cría del ganado y al mejoramiento de las razas. El director se reservaría la enseñanza de las ciencias fisicomatemáticas y de una parte de los estudios literarios y proponía como colaboradores, al señor José Acha para la escuela primaria y para el colegio nacional, al doctor Amable Baudry, bachiller en letras y doctor en medicina de la Facultad de París.

El gobernador de la provincia, don Agustín de la Vega, accedió a la solicitud y aprobó inmediatamente el plan, que en oposición a la tendencia filosófica y literaria reinante hasta entonces, daba acentuado predominio a las ciencias naturales. En la primer quincena de abril, el Colegio San Miguel reabría sus puertas en el mismo local que fuera, en otros tiempos, convento mercedario. El número de alumnos con los cuales se iniciara, no ha sido conservado, pero un año después figuraban 19 inscriptos en el colegio y 95 en la escuela (1).

Su primer informe rebosa optimismo. Refiriéndose al aula superior de enseñanza secundaria, escribe estas líneas de no disimulado entusiasmo: "Se puede decir sin exageración, que esta división es una clase modelo. De los 9 alumnos que concurren a ella, cinco son superiores a todo elogio, tanto por su docilidad y aplicación como por su inteligencia y rápidos adelantos. Esos cinco, de quienes se honraría cualesquiera de los grandes establecimientos de instrucción pública de Europa, son los jóvenes Delfín Gallo, Sixto Terán, Ezequiel Molina, Alejandro Olmos, Eudoro Avellaneda. A pesar del número reducido de los discípulos de esta aula, la proporción de alumnos verdaderamente dis-

ANIBAL PONCE

tinguidos que aprovechan en ella, toda enseñanza, no deja de ser mucho más grande que en ninguna de las numerosas clases que yo he dirigido o conocido en Francia" (23 de julio de 1858).

Jacques mantenía sobre sus discípulos, el ascendiente de los grandes maestros. Su historia, sus virtudes y su saber, le habían conquistado lo que hay tal vez de más sincero en el mundo: la admiración de los jóvenes. Uno de ellos (2), muchos años después, lo ha evocado indagando unas veces, y hasta adivinando en la fisonomía de sus alumnos, quienes estaban posesionados de sus explicaciones y quienes no, para llevar al espíritu de los remisos la comprensión clara del problema; atendiendo otras, en la sala de su despacho, a todas las preguntas sobre las dudas de la lección del día.

Su influencia no se limitaba a sus alumnos. Era en el pueblo, el hombre de consulta y cuando en junio del mismo año, el vecindario resolvió crear la Biblioteca Popular, pensó de inmediato en Jacques, como en el indicado para el puesto.

Los primeros exámenes tuvieron un éxito brillante, demasiado brillante para que la envidia y la calumnia lo sufrieran. La expulsión de un alumno, hijo de un personaje lugareño, inició la campaña contra Jacques, hábilmente fomentada por quienes supieron complicarla con cuestiones religiosas. Al ministerio empezaron a llegar, quejas y chismes: en vano, Jacques obtuvo de los padres de sus discípulos, las declaraciones más honrosas; en vano, pide un concurso de escuelas para manifestar públicamente, no ya por díceres y murmuraciones, sino por un acto solemne y auténtico, los prestigios de la enseñanza discutida; en vano, el examinador Burmeister declaró que el colegio era superior en ciencias físicas, a cualquier gimnasio alemán y nada inferior a aquél, en latín y en francés; en vano, el advenimiento de Alfredo Cosson para la cátedra de inglés, que el director costeaba con su propio sueldo...

Para colmo, los acontecimientos del 59 repercutieron en Tucumán, como en el resto de las provincias. La lucha por la organización obligaba a sacrificios enormes y no era posible entregar a la instrucción los dineros que la guerra exigía. Sin recursos, sin laboratorio, en la estrechez más increíble, Jacques lamentaba sus sueños desvanecidos. En un diario de la época escribió entonces, estas líneas hermosísimas: "Los he tenido, señor; los he poseído con el pensamiento a esos bellos y sencillos instrumentos, con que se demuestran en un momento, sin trabajo y sin fatiga, y mucho mejor que por el más sabio raciocinio del mundo, las grandes leyes de la naturaleza. El ilustre General que preside los destinos de la Confederación, por el órgano del muy distinguido doctor Victorica, nos había casi prometido una donación generosa.

"Tal era mi confianza, que ya el lugar de cada aparato estaba marcado en el Colegio San Miguel: en una esquina, colocaba la máquina neumática; en aquella otra, la máquina eléctrica; más allá, la pila, ese sol que los modernos Prometeos han robado al cielo. Hacía bajar, siempre con el pensamiento, el elemento del rayo en una sala de estudio y enseñaba cómo se le doma. Establecía un telégrafo eléctrico entre la clase y mi cuarto, y ya me veía en actitud de dar mis lecciones, en caso de enfermedad, sin salir de la cama. ¿Qué es lo que no hacía con vosotros, queridos instrumentos, relucientes y hermosos, que mi imaginación acariciaba con tanto amor? Os ha quebrado la guerra. ¡*Horrentis Martis arma!* ¡Un centavito por cada onza de lo que se ha perdido para hacer verter una sangre preciosa, daría a este colegio, — cuyos hijos vienen a beber de una fuente escasa, el alimento de la vida intelectual — salud, fertilidad y fuerza!

"Pero ya no pensemos más en eso, señor redactor; puesto que es preciso renunciar a tan bella esperanza, haremos de la necesidad, virtud; y flechas con cualquier madera. Un pedazo de cristal bien refregado con un trapo de lana, será nuestra máquina eléctrica. Mi vieja aguja de agrimensor, aunque muy cansada y deshecha por sus andanzas en el Chaco, será nuestro aparato magnético. Para la óptica, los miopes y los présbites de Tucumán, nos prestarán sus antiparras y quizá también hallemos algún lente. Y en fin, nos queda la naturaleza, siempre presente, siempre viva con sus grandes fenómenos. Ella será nuestro libro maestro y nuestro gran gabinete" (1).

Esta página había de ser afortunada. Un artista, que era al mismo tiempo un sabio, Juan María Gutiérrez, la leyó en Rosario y desde allí pidió a su cuñado Eguía que gestionara en Buenos Aires, el apoyo del gobierno. El entusiasmo de Eguía fué tan contagioso que consiguió conquistar cuatro mil pesos, y el 29 de julio de 1860, Jacques acusaba recibo de cinco cajones de aparatos, entre los cuales iban, no sólo la máquina neumática, la pila y el telégrafo, sino también, barómetros y pluviómetros, electroimanes y voltámetros.

Por desgracia, esa prosperidad que se iniciaba no había de prolongarse mucho tiempo. El gobierno interino de Benjamín Villafañe, persona poco grata a los derquistas, trajo la invasión simultánea de Navarro y de Latorre. Derrotadas las tropas tucumanas, los vencedores penetraron en la ciudad (5 de octubre de 1861) y repitieron escenas parecidas a las que ocurrieron cuando la entrada de Oribe. Pagaron crecido tributo los principales vecinos y se cometieron en los hogares atropellos indecibles.

La gobernación de Juan Manuel Terán no fué más que una pausa; y uno tras otro se sucedieron, el desgraciado interinato de Acuña, el combate del Ceibal (17 de diciembre), la invasión del Chacho (10 de febrero de 1862). El comercio en ruinas, las familias dispersas; la situación de Tucumán no podía ser más deplorable. Cuando en los primeros días de Marzo se reabrieron las clases, la inscripción era casi nula: en la sección superior, sólo quedaban tres alumnos... Durante cinco meses, el colegio se había convertido en un cuartel y a pesar de todo, con la intención de evitar el desbande de sus discípulos, Jacques mantuvo la enseñanza, entre la bulla de cuatrocientos soldados, sin interrumpir uno solo de sus cursos, hasta el día final en que las tropas le quitaron el último rincón del edificio. Y aun entonces, bajo los vejámenes de la soldadesca, tuvo la valentía de conservar su puesto para proteger — con los escasos pupilos que las familias no habían podido retirar —, los aparatos del laboratorio y los volúmenes de la Biblioteca, que el Estado y el pueblo habían confiado a su custodia.

Su compañero Cosson y su gran amigo Marcos Paz estaban lejos. El presbítero Campos era todopoderoso y la calumnia alzaba triunfante su rostro pálido. Asfixiado por un medio que no lo merecía, el 1.° de septiembre de 1862 presenta su renuncia: "El estado de postración — decía — en que yace este establecimiento, aunque no lo crea debido a ninguna culpa mía, quita a mis penosas tareas el único atractivo que pudiera conservar mi apego, quiero decir, la conciencia de traer al país que se ha dignado aceptar mis servicios, una utilidad proporcionada a los sacrificios que hace para retribuirmelos. He tomado, pues la resolución definitiva de ir a ofrecer mis escasas luces adonde pueda sacar de ellas, así para el público como para mí, mejor partido y mayor provecho".

Recayó en la renuncia, un decreto lacónico y unas gracias corteses, y poco tiempo después, Jacques emprendía viaje a Buenos Aires rodeado del amor de dos hijos argentinos.

III

El presidente Mitre, al crear el primer Colegio Nacional sobre la base del Seminario de Ciencias Morales, dispuso que continuara como rector, el doctor Eusebio Agüero y nombraba director de los estudios a don Amadeo Jacques, "quien propondrá oportunamente los profesores que hayan de servir las cátedras; debiendo el rector tener a su cargo la dirección económica del establecimiento y el cuidado de su disciplina interna, con independencia de la dirección profesional, que estará exclusivamente a cargo del Director". (Marzo 14 de 1863) (2).

Desde que Jacques asume la dirección del Colegio Nacional, comienza un período memorable en la enseñanza argentina. Reorganizó los estudios, transformó los programas, introdujo nuevos métodos, contagió a todos su actividad prodigiosa. Miguel Cané — la cita era inevitable — ha contado su pasaje por la histórica casa, en algunos de los más hermosos capítulos de su *Juvenilia*. "Jacques — nos dice — llegaba indefectiblemente al colegio a las nueve de la mañana; averiguaba si había faltado algún profesor y en caso afirmativo, iba a la clase, preguntaba en qué punto del programa nos encontrábamos, pasaba la mano por su vasta frente como para refrescar la memoria y en seguida, sin vacilación, con un método admirable, nos daba una explicación de química, de física, de matemáticas en todas sus divisiones —, aritmética, álgebra, geometría descriptiva o analítica —, retórica, historia, literatura, hasta latín! El único curso, de todo aquel extenso programa, que no le he visto dictar por accidente, era el de inglés... Debe estar fija en la memoria de mis compañeros, aquella admirable conferencia de M. Jacques sobre la composición del aire atmosférico. Hablaba hacía una hora, y ¡fenómeno inaudito en los fastos del colegio!, al sonar la campana de salida, uno de los alumnos se dirigió arrastrándose hasta la puerta, la cerró para que no entrara el sonido y por medio de esta estratagema, ayudada por la preocupación de Jacques, tuvimos media hora más de clase. Había venido de buen humor ese día y su palabra salía fácil, elegante y luminosa. En ciertos momentos, se olvidaba y nos hablaba en francés, que todos entendíamos entonces. ¡Qué pintura inimitable de ese maravilloso fenómeno de la vegetación, de aquellas plantas con corazón de madre, absorbiendo el letal carbono de la atmósfera y esparciendo a raudales el oxígeno, la esencia de la vida! ¡Cómo nos hablaba de la bajeza miserable del hombre que pisotea una planta o abate

(*Continúa en la pág. 7*).

(1) Jules Simon, "Nouveaux mémoires des autres", pág. 155.

(1) Artículo de Amadeo Jacques en el Diccionario de Ciencias filosóficas, de Adolfo Franck; pág. 277.

(2) Los artículos de Jacques que llevan las letras Am. J., no pasan de media docena, y aparte de los consagrados a Clarke y Fenelón, se refieren a temas de psicología tal como aparecen expuestos en su "Manual".

(3) "Memoria sobre el sentido común como principio y como método filosófico", publicada en "Mémoires de l'Académie des Sciences morales et politiques". Tomo II, 1847.

(1) Ver un animado cuadro de la época en Ingenieros: "Emilio Boutroux y la filosofía francesa de su tiempo". "Revista de filosofía, Mayo de 1922".

(1) El original se halla en poder de su dignísima hija, la competente educadora Francisca Jacques.

(2) Cané habla de un señor Manoni, como el verdadero socio de Jacques. Tal como lo hemos relatado, es la versión de Peyret.

(3) "La Biblioteca", Tomo V, pág. 321.

(1) "Antecedentes sobre Enseñanza Secundaria y Normal en la República Argentina". Publicación del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1903.

(2) Sixto Terán.

(1) Publicado con otros documentos interesantes, por Rita P. de Bertoli, "Acción educativa de Amadeo Jacques en Tucumán". (Album General de la Provincia de Tucumán. 1916).

(2) Poco tiempo después se le confiaba una cátedra de física en la Universidad.